

El FORASTERO



SEMANARIO INFANTIL

ELCHAS PELAYOS

POR EL IMPERIO HACIA DIOS



DELEGACIÓN
NACIONAL
DEL FRENTE DE
JUVENTUDES

50
CTS

6 DE ENERO DE 1946

REDACCION Y ADMINISTRACION:
CALLE DE QUINONES, 4 y 6. TELÉF. 35468

AÑO IX • MADRID • N° 369

Ayuntamiento de Madrid



Deportes



Galería

Almanaque

Escudos



Aquí tenéis a Barinaga, el delantero del Real Madrid.

Juega indistintamente en los puestos de interior o delantero centro, siendo muy efectivo en ambos lugares.

Este jugador se hizo en el Valladolid, de donde pasó a su club actual. Lleva ya varios años jugando en el Madrid, y a medida que aumenta su veteranía, aumenta también la calidad de su juego.

Reparte bien a las alas, dribla con acierto y chuta con fuerza en cualquier postura. Naturalmente, estas tres buenas cualidades, son las que le han elevado a la categoría de jugador de primera, en el primer equipo de su club.

Sin ser demasiado joven, aun le queda mucha vida deportiva por delante. ¿Llegará a internacional?

Intena

No sabemos si tendrán rosos de Reyes para coner los dos boxeadores, pero tortas... ¡tortas van a tenerlas en cantidad!

Año nuevo, vida nueva. Todos los equipos de Primera y Segunda Divisiones, han hecho «borrón y cuenta nueva», y se las prometen muy felices para la segunda vuelta que hoy comienza.

Pero ya veréis qué poco cambian las cosas, y cómo se siguen «pegando» los de los últimos lugares.

Pegando en «la cola», claro.

¡Feliz Año Nuevo a todos los deportistas de FLECHAS Y PELAYOS!

Quizás no sea verdad, pero se cuenta que en una de las peleas de lucha libre en Barcelona, en la que tomaban parte dos de los ases extranjeros más caracterizados, por su marrullería y conocimiento de trampas de este deporte, después de tres o cuatro asaltos en los que ambos habían derrochado recursos y valentía, quedaron los dos trabados en el suelo, a consecuencia de una fuerte «llave» mutua.

Se debatieron con ansia intentando mejorar sus respectivas posiciones, pero no consiguieron más que trabarse más y más, hasta el punto de que el grupo más parecía un amasijo de brazos y piernas, que otra cosa.

Cansado ya, uno de ellos dijo al otro:

—O sueltas la presa, o te doy un mordisco en esta pierna.

A lo que éste respondió ante el asombro del que habló primero:

—Muerde todo lo que quieras: ¡esa pierna es la tuya...!

NATACION



Tirita uno sólo de ver a ese valiente deportista avanzar con su «crawl» perfecto con el mismo optimismo que si estuviéramos a mitad de agosto.

Y sin embargo, hace unos días que se ha celebrado la tradicional Copa de Navidad en Barcelona que ha congregado a un elevado número de nadadores en la Ciudad Condal.

No os aconsejamos que en este tiempo os dediquéis a estos menesteres, pues sería muy arriesgado para vuestra constitución de muchachos jóvenes como sois ahora. Pero en cuanto termine el curso y os vayáis de veraneo, ya podéis aprender a nadar bien, pues el deporte de la natación es muy bueno y muy útil, practicado como Dios manda.

¡A ver si entonces sois capaces de nadar en brava o en «crawl», tan bien como lo hace el que vemos en la fotografía!



—Y usted, ¿regatea bien?

—Regular nada más; pero «regateando» quien se luce, es mi esposa cuando va a la plaza, de compras.



Escudo del Real Murcia.

Bajo la corona real, aparece un triángulo grande, en cuyo interior hay otro más pequeño paralelo al anterior, en el que sobre fondo rojo, aparecen las coronas doradas. Uno y otras, pertenecen al escudo de la ciudad de Murcia, y aquel color rojo, es el que llevan sus jugadores en la camiseta.

El Murcia, se fundó allá por el año de 1902; pero hasta estos últimos tiempos, no ha figurado entre los equipos sobresalientes españoles.

El año 1940, ascendió a Primera División y desde entonces está luchando con los mejores del fútbol español. Este año, anda en los últimos lugares de clasificación; ¿tendrá arrestos para no descender a la categoría inferior?

Cartelera

Los partidos de Liga que se han de jugar hoy, son:

Primera División

Castellón—Celta
Sevilla—Hércules
Gijón—Barcelona
Español—Oviedo
Alcoyano—Murcia
Aviación—Valencia
A. Bilbao—Madrid

Segunda División

Sabadell—Salamanca
Jerez—Mallorca
Real Sociedad—Granada
Córdoba—Ceuta
Zaragoza—Betis
Ferrol—Tarragona
Santander—Coruña

Correo

Sebastián—Ruiz. Sevilla.

Cuando un jugador tira un «penalty», no puede volver a tocar el balón a no ser que lo haya rechazado el portero. Es decir: en el caso que tú preguntas, el balón rebotó en el palo; pues si lo vuelve a chutar el que tiró el «penalty», se pita falta contra el equipo que ejecutó el castigo.

DOCTRINA ESTILO

Año nuevo, vida nueva

Se extinguieron jubilosamente las últimas campañadas del año viejo, y, una nueva jornada inauguró las trescientas sesenta y cinco del 1946. Estamos seguros de que, muchos de vosotros, habréis recordado la antigua frase que encabeza estas líneas, comentando el suceso..... ¡Ahí es nada una pequeña parcela de Tiempo despidiéndose «oficialmente» del mundo..... del calendario! Pero, por si acaso lo olvidasteis, o, lo que es peor, no conocéis su verdadero significado, trataremos de aclararle para bien vuestro con las líneas que siguen.

No está mal repetir el estribillo del «año nuevo, vida nueva» cuando se tiene el propósito firme de superarse así mismos en el cumplimiento de los deberes y las obligaciones. Mal está cuando sirve de pretexto para dejarlos incumplidos aunque solo sea por unas horas. Y detestable está cuando un año tras otro se viene repitiendo inútilmente la cantinela sin encontrar nunca el medio de ponerla en ejecución.

«Año nuevo, vida nueva», sí. Pero en cualquier instante, ¡ahora mismo! Porque todos los segundos son ideales cuando se tiene la franca decisión de inaugurar una nueva vida en que seamos mejores, no con el año, sino con el segundo que comienza.



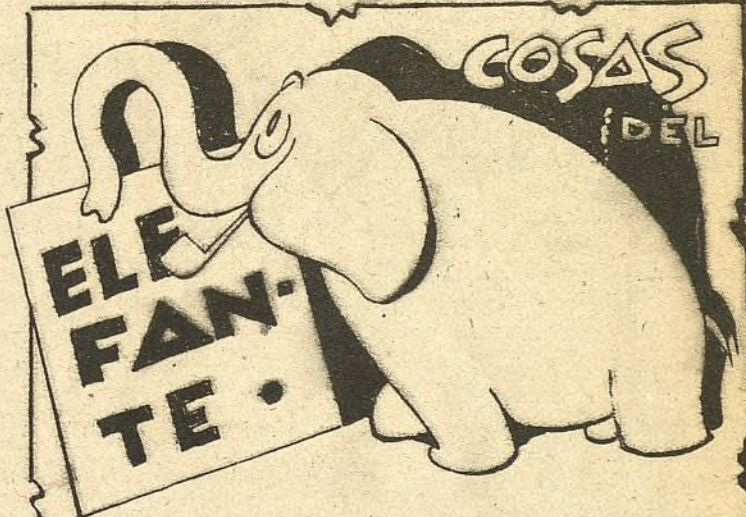
Grandes Hombres



FABRE

NACIÓ Juan Enrique Fabre en Francia el año 1825 y murió a los noventa y dos años de edad. Muchas de las cosas curiosas que conocemos de la vida de los insectos a él se deben. Desde niño mostró gran afición a la zoología, especialmente a la *Entomología*

o estudio de los insectos. Muchas veces se apartaba de sus compañeros de juegos y se internaba en los bosques, observando principalmente los insectos, cuya vida le llenaba de curiosidad. Llevaba siempre una caja para guardar los animalitos que llamaban su atención. Ya mayor, se dedicó al estudio formal de los insectos, realizando notables hallazgos y recogiendo curiosas observaciones que publicó en varios de sus libros y que le hicieron famoso. Se le ha llamado el *poeta de los insectos*, pues sus narraciones son verdaderas obras maestras en las que está contenida toda la poesía de la naturaleza. Tuvo Fabre gran amor al trabajo, fué observador paciente y de carácter afable y sencillo. Gracias a él se corrigieron muchos errores que se tenían acerca de la vida de los insectos.



COsas DEL

El elefante posee una memoria sumamente desarrollada. Y, sobre todo, no se le olvidan las ofensas que se le infligen, de las que tarde o temprano se venga si halla ocasión para ello.

En los tiempos antiguos, cuando no era conocido todavía el pergamino, se hacían planchitas con el marfil de sus colmillos y, bien pulimentadas, se usaban para escribir cartas, documentos y leyes y pintar miniaturas.

En Siam el elefante blanco es venerado como un dios.

Al hombre que guía al elefante domesticado, se le llama *cornac*. El pequeño Sabú es, pues, un *cornac*.

ARBOL DE NAVIDAD

CUENTO

POR LA DUQUESA DE MADINA SIDONIA

(Continuación)

—Yo en ninguno, señora.
—¡Ya decía yo!
La madre de Jenaro también opinaba lo mismo.
Pepé comprendió vagamente que no ir a ningún colegio no estaba entre aquella clase de niños y quiso justificar a sus padres.
—¡Como he estado siempre tan delicado!—explicó.
—Pues parece que vendes salud. ¿Cuántos años tienes?
—¿Qué edad tendría él?
—Siete—contestó con aplomo.
—Pues estás altísimo... A ver Jaime... Poneos de espaldas.. Jaime tiene nueve y le llevas la frente.
—Jaime oliendo por aquella ostensible inferioridad, puesta allí mismo de manifiesto, se quiso vengar inmediatamente de aquel intruso.
—¡Claro, ha crecido mucho, porque todo se lo come, hasta los calcetines!
Todos los niños rieron el chiste.
Pepé se ruborizó... Era verdad, él no llevaba calcetines... Pero había merendado hasta llenarse, se encontraba fuerte y feliz. No había que dejarse derrotar. Contestó en el acto:
—Se les ha olvidado ponérmelos esta mañana... ¡Como somos tantos!
—¿Pero a ti te ponen los calcetines a los siete años?—preguntó escandalizada una morenita de ojos azules.



A Jaime también se los ponían, Pepé lo sabía de muy buena tinta. Así que contestó:
—¡Las niñas es diferente!

Ahora se rieron las damas.
—¿Cuántos dices que sois en tu casa?—insistió la madre de Jenaro decididamente curiosa.
¿Cuántos serían los hijos del médico? Pepé equivocó la pregunta y echó a correr hacia el salón del árbol, y allí en la puerta se quedó inmóvil, insensible, extasiado, mudo.
Los demás niños estaban ya alineados esperando la rifa.
Y una niña de las mayores cantaba los números con voz musical.
La madre de Jaime le tocó en el hombro:
—Anda, vete a tu sitio, si no, te quedarás sin nada... Te ha tocado el número nueve.
¡Que si quieres! Pepé no oía.
—¿Es la primera vez que vienes a un árbol de Navidad?
Pepé semi vuelto a la realidad protestó:
—Caray, señora, no moleste... ¿No vé lo majo que es?
—«Caray», «maje». ¿Con quién se tratarían los hijos de aquel médico? Decidió en aquel mismo momento, que con los suyos por lo menos, no volverían a alternar.
Pepé seguía siendo feliz, la segunda vez le sacó de su éxtasis, un caballo de cartón con balancín que le trajeron, le había tocado al número nueve.
Dió rienda suelta a su alegría exuberante... Rió, aplaudió, saltó,

abrazó en agradecimiento el cuerpecito de un Niño Jesús de «talla» (que se desprendió de su pie), besó la mano a la madre de Jaime, a éste le estrujó.

Las señoras divertidas por aquellas manifestaciones desconocidas de felicidad, se sustituyeron a la niña mayor haciendo numerosas trampas, para que el número nueve saliese a cada rato, y ocurrió que a Pepé ya no le cabían ni entre los dos brazos extendidos tantos juguetes.

Todos y cada cual los recibía con el mismo insuperable y casi indescribible entusiasmo. Le temblaban las manos al coger el regalo, las mejillas se le encendían más, le brillaban los ojos, gritaba con gritos incoherentes y repetidos.

Era el día más feliz de su vida.

Hasta que el árbol quedó totalmente desnudo de todos sus tesoros.

Entonces Carlos de espaldas a la concurrencia se subió en su caballo de cartón y a gritos empezó a hacer un recorrido imaginario.

—Bueno, Carlos, me alegro que lo hayas pasado tan bien... Pero ya se han ido todos los niños... La madre de Jaime le despedía divertida.

—Tú no puedes con tantas cosas... Que te acompañe Miss Baty hasta tu piso.

—¿Mi piso?

—Sí, ¿no vives en el principal?

Era verdad. Allí vivía el médico.

Pepé abrió la boca pero volvió a cerrarla, no iba a estropear de pronto con la mezuquina realidad su hermoso sueño.

Y se dejó acompañar hasta el principal, hizo que llamaba al timbre y después intentó despedir a Miss Baty.

—Muchísimas gracias, señorita; ahora me abrirá y ya la muchacha recogerá mis juguetes; he tenido una suerte tan buena... pero puede dejarlos en el suelo; el globo encima y así no se estropea: án.

—Me parece bien que a última hora te sientas tan bien educado, pero esperaré que nos abran; si tardan, tú solo en el rellano tendrías miedo.

Pepé silbó con guasa. El miedo bien se advertiría que no le conocía; si le hubiese visto yendo a buscar a su madre de noche cerrada, para ayudarla a traer el lio de la ropa, pero estas reflexiones no se podían comunicar; Pepe se las guardó; Miss Bety sólo percibió el silbido y volvió a escandalizarse.

Llamó ella ahora; se impacientaba... ¡Los criados no oyen nunca! Esta vez no tenía razón.

—Le devuelvo al señorito Carlos sano y salvo.

Dijo la inglesa con una sonrisa, pero se marchó antes de que la criada que abrió hubiese podido manifestar su profundo asombro.

—¿Qué señorito Carlos sería aquel? Porque el de ellos, hacía tiempo que dormía debajo de sus mantas como un angelito.

La muchacha consideró a Pepe en silencio.

No era cosa de contárselo todo; lo charlaría abajo, con lo que son de habladoras las mujeres. Pepe buscaba desesperadamente torturando su imaginación una explicación que pareciera natural. Si el Niño Jesús le ayudase... ¡Ya estaba!

—Perdone; me equivoqué de piso.

Y salió sigilosamente, para que no le viese el portero cargado con todos sus juguetes como un diminuto Rey Mago. Así cruzó las calles; así llegó a su casa.

Sólo su madre le recibió a aquellas horas; se llenó de entusiasmo y desbordante gratitud.

—¿Cuántos años tengo, mamá?

—Diez cumplidos; ¿por qué?

Pepé se rió. ¡Así que le encontraban al!

—Mañana mismo iré a darles las gracias a los padres de Jaime.

—No, mamá; no vayas....

—¡Qué extraño! ¿Cómo no quería que fuese? El agradecimiento es la única riqueza del pobre; sólo con él puede devolver los beneficios recibidos.

No quería que su hijo lo olvidase.

Y fué y dió las gracias.

—Por lo buenos que han sido todos con mi hijo Pepe.

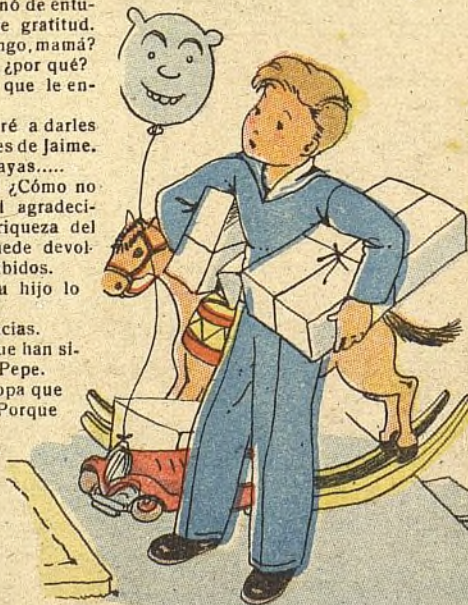
Pensaron en la ropa que heredaría de Jaime. Porque

¿cómo iban a creer que Carlos,

el hijo rubio del médico del principal, fué una

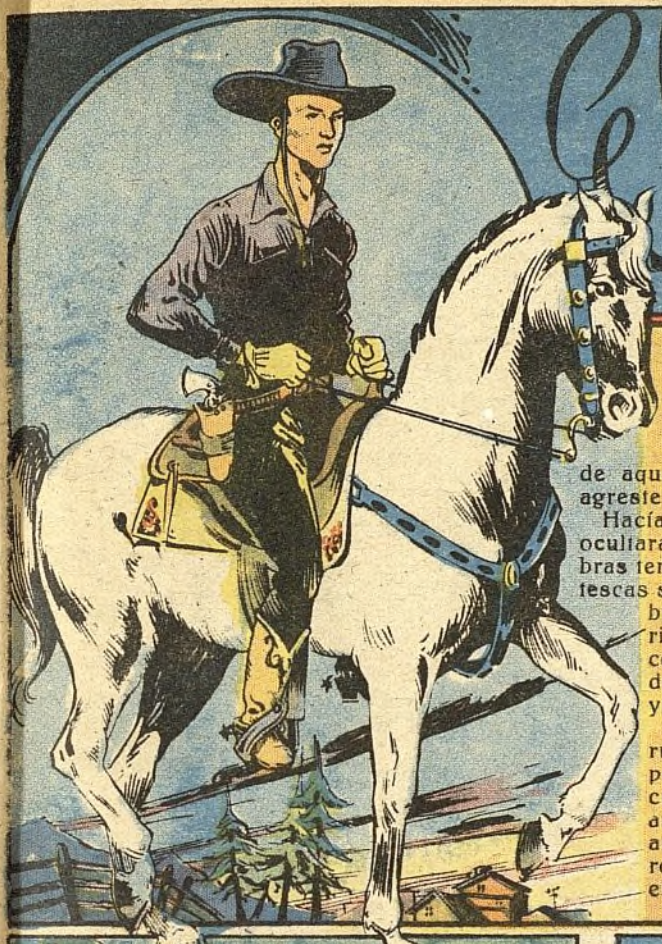
tarde sustituido

por el chico mayor de la lavandera?



FIN

FORASTERO



Los cascos del blanquero alazán parecían resonar al compás de la canción mejicana que silbaba su joven jinete. Ambos parecían aletargados bajo la paz de aquellos alrededores y la belleza agreste del paisaje.

Hacia ya rato que el disco solar se ocultara tras los Pompanos, y las sombras terrestres tomaban deformes y grotescas siluetas alargadas por la penumbra del anochecer. Ante el solitario y jovial jinete se levantaban, cercanos ya, los rústicos edificios del poblado de Yeisker-Riger, cuyas luces habíanse encendido ya.

Aun no llegaban al jinete los ruidos del poblado, y por eso la paz y quietud era absoluta, cuando, de pronto, un grito de auxilio vino a quebrar, con mil angustiados ecos en las rocas que rodeaban el polvoriento camino, el silencio de aque-

P. Ojeda

llos contornos, enderezando las orejas del hermoso alazán y haciendo volver a la realidad al jinete desconocido.

El grito parecía haber partido de una curva que la carretera hacia cincuenta metros más adelante, y cuando segundos después el alazán llegaba allí, tuvo el jinete



-VAMOS "YANKI!"
ALGUIEN NOS NECESITA CON URGENCIA

negro la convicción de no haberse equivocado.

Abarcó de un vistazo la escena. Tres jinetes enmascarados acuciados probablemente por la proximidad del jinete, acababan de saltar a sus monturas, disponiéndose a salir de estampía. Un cuerpo exánime aparecía cruzado en el caballo de uno de los enmascarados y algo más allá un corcel negro pacía tranquilamente.

El enrollado lazo apareció en la diestra del recién

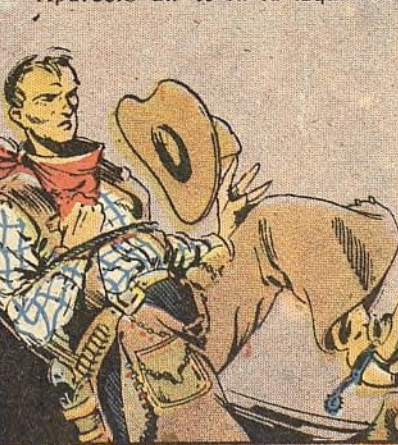


llegado y salió disparado, con la velocidad de una centella y la precisión de un buen cronómetro, hacia el primer jinete, que trató en vano de zafarse del corredizo nudo, viniéndose al suelo y arrastrando consigo el cuerpo que llevaba ante sí.

Los otros dos ji-

netes volvieron grupas no dispuestos al parecer a dejar a su compañero. Advertiase claramente que se abstendrían de disparar, temiendo atraer más gente.

Apareció un 45 en la izquierda



del jinete solitario, pero antes de que pudiera hacer uso del arma su prisionero libertó un brazo y, agachándose, recogió un pedrisco que arrojó certero sobre el brazo de su aprehensor, haciéndole perder el revólver.

Antes de que pudiera recobrarlo tuvo encima a su prisionero y a sus compañeros. Durante unos momentos mostraron sus puños lo poco ociosos que eran, tumbando una y otra vez a sus enfurecidos enemigos.



La traición de uno de ellos les valió la difícil victoria. Fue el mismo que atrapara con el lazo quien le propinó un culatazo por la espalda, haciéndole perder el sentido.

La noche había tendido ya su manto de negrura, cuando Jack Dennison, nuestro joven jinete negro, recobró el sentido. La cabeza le dolía horriblemente



y al llevar maquinalmente la mano al punto herido, retiróla manchada de sangre.

Puesto en pie, respiró aliviado, al descubrir la silueta de su montura que dócil acudía a su lado al oír un silbido suyo.

Buscó, auxiliado por la vacilante luz de un fósforo, en los arzones de la silla y en seguida pudo comprobar que alguien había hurgado en ellos, precipitadamente.

Cartuchos de recambio y un par de pistolas de repues-



to que allí guardaba habían desaparecido. Sin embargo, provisiones y algún dinero, así como otros utensilios, aparecían allí intactos. Su mirada posóse de pronto en algo que brilló a sus pies, y al agacharse otro objeto luminoso apareció ante sus ojos, algo más allá.

Recogió ambos. Eran revólveres muy distintos. El primero era un «derringer», arma prohibida, en buen estado, y el segundo era su propio 45, que perdiera al intentar atraer gente disparando al cielo.

Ambos habían sido probablemente olvidados por los misteriosos jinetes, sin duda debido a la semi-obscuridad que ya reinaba y a la premura mostrada. Halló el algodón y alcohol que buscaba y mientras se limpiaba la herida decidió contentarse con su revólver, abandonando allí el arma prohibida, ya que aquel le bastaría para su defensa, entretanto comprase otros al día siguiente. Momentos después reanudaba



su interrumpido camino, desistiendo de la inútil persecución, tras comprobar que no había rastro alguno visible en la obscuridad, y que incluso la montura del jinete raptado había desaparecido.

Los cascos de su alazán pisaron pronto terreno de la calle principal de Veiskier-Riger. El jinete negro tenía ya algo que hacer muy de su gusto allí.

El bullicio vocinglero que partía del interior de la «Perla de Veiskier» llegó a oídos de Jack, mucho antes de que éste trabara su caballo ante sus puertas giratorias.

El ambiente de la taberna-hotel era poco tran-



quilizador. Abundaban los rostros huraños entre la heterogénea concurrencia de mestizos, cow-boys, mejicanos, indios y rancheros que llenaba el local.

Jack lo comprendió así, apenas hubo franqueado la entrada.

Dirigióse hacia la concurrida barra, del mostrador, donde se abrió un puesto a codazos disimulados.

«¡EH! TABERNERO! NECESITO ALGO DE BEBER POR AHORA, UNA BUENA CENA MAS TARDE Y UNA HABITACION DONDE PODER DORMIR A PIENA SUELTA. ¿AH! Y EL MEJOR PUESTO DE SUS CUADRAS PARA MI ALAZAN, UNO BLANQUINEGRO QUE HAY AHI AFUERA».



El tabernero ordenó a un mozo cuidarse de «Yanki». Luego sirvió un ron, y entregó a su huésped la llave de la habitación pedida, indicándole el camino a seguir.

Jack desensilló a «Yanki», y con los arneses y demás utensilios subió a su habitación ataviándose ligeramente y bajando de nuevo al salón, para encargar la cena, tras cerrar la puerta con llave.

Ya abajo se dirigió de nuevo a la barra. ¡Cuidado animal!

Esta exclamación lanzada por Jack en tono airado la motivó un empujón de un vaquero beodo, que le miró amenazador al recibir el insulto.

Dos fornidos mejicanos que servían en las mesas acudieron a la perentoria llamada del dueño, el mismo que sirviera a Jack.

Los esfuerzos del borracho resultaron inútiles para impedir que los empleados de la taberna le lanzasen, sin contemplaciones, a la calzada.

Varios pares de ojos hostiles se clavaron en el forastero. Un individuo que mostraba preñada en el

—AL MOMENTO SEÑOR

—¡EH PATRÓN!... ¡SÍRVAME UN WHISKY!

JACK APURÓ HASTA EL ÚLTIMO SORBO LA BEBIDA PEDIDA.

—SÍRVAME UNA CENA CALIENTE EN MI HABITACIÓN... SUBIRÉ DENTRO DE UNOS MINUTOS



—PERFECTAMENTE, FORASTERO. AQUÍ...

—¡CUIDADO ANIMAL!



—PRONTO DEME! MANUEL! ¡ECHAR A ESTE BORRACHO!



chaleco la insignia de «sheriff», y que no intervino para nada, hacía lo propio desde un rincón. Había penetrado tras Jack en la taberna. Se dirigió con aire despreocupado a una de las mesas, donde un fornido

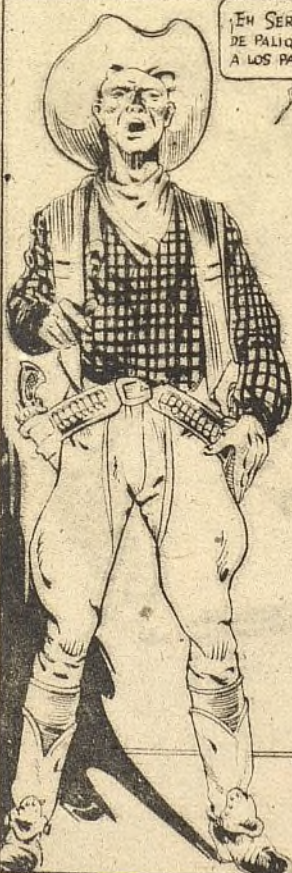
cow-boy frasegaba whisky entusiasmado.

Jack, de espaldas al mostrador, se fijó en el aire hostil general y también casualmente en el «sheriff».

Le vio llegar junto al joven que bebía en un rincón y sentarse a su lado, aunque parecía realmente que sus ojos no prestaban atención fija a nada de lo que veía.



—¡EH SERMAN! BASTA DE PALIQUE Y SIRVE A LOS PARROQUIANOS!



La voz de Serman, el tabernero, sonando queda tras él, le hizo volverse.

Alejóse el buen hombre y Jack se volvió de nuevo hacia la concurrencia. El «sheriff» seguía hablando con el hercúleo joven, y por sus gestos parecía tratarle íntimamente y rogarle que marchase, ante la obstinada negativa del joven, que movía la cabeza con la testarudez de un borracho.



Por fin, el «sheriff» se levantó y reunióse con otros dos hombres de mediano aspecto, con los que inició animada conversación.

—¡TENGA CUIDADO, FORASTERO! LOS ANIMOS ESTAN MUY EXCITADOS POR LAS COSAS QUE VIENEN SUCEDIENDO DE ALGUN TIEMPO A ESTA PARTE Y NO PARECEN MIRARLE CON SIMPATIA. SIN EMBARGO A MI ME HA SIDO SIMPATICO Y QUIERO PREVENIRLE. NO HAGAS NADA QUE PUEDA SERVIRLES DE PRETEXTOS. NI ACEPTAR PELEA POR ESO LE AHARTE A ROSCH. YO NO PUEDO CREERLE CULPABLE DE TODO LO QUE SUCEDE.

—¿ROBOS?

—ALGO PEOR. RAPTO MISTERIOSO X... ¡ASESINATOS!

—¿DESAPARICIONES Y CRIMENES? ¡CASITA! Y ¿QUE HACE EL «SHERIFF»?

—LO QUE PUEDE, PERO HASTA AQUÍ NO HA CONSEGUIDO NADA.

—¿Y QUIENES DESAPARECEN?

—AHÍ ESTÁ LO DESCONOCER...



—PUEDES SI, FORASTERO...

JACK SE VOLVIÓ DE NUEVO A OIR LA ALUSIÓN DEL PATRÓN DE «LA PERLA»

—...ESO ES LO DESCONCERTANTE DEL CASO. DESAPARECEN TODOS SIN DISTINCIÓN, COW-BOYS, RANCHEROS, BANQUEROS, EMPLEADOS, MATONES... DESAPARECEN SIN DEJAR RASTRO Y LO PEOR ES QUE TRES DE ELLOS HAN APARECIDO MAS TARDE ASESINADOS... TODOS CON UN «DERRINGER», ARMA PROHIBIDA... ESTA MISMA TARDE HA DESAPARECIDO GALT HUNDSON, UN RANCHERO EXPERTÍSIMO EN EL GAMADO. ¡HUM! UNO NO PUEDE AFIRMAR QUE ESTÁ SEGURO EN YEISKIER. MERTON HACE LO QUE PUEDE, PERO COMO NUNCA SE SABE CUANDO NI COMO VA A VENIR LA NUEVA DESAPARICIÓN, NI QUIÉN PUEDA SER EL DESAPARECIDO, SU TAREA ES ARDUA.

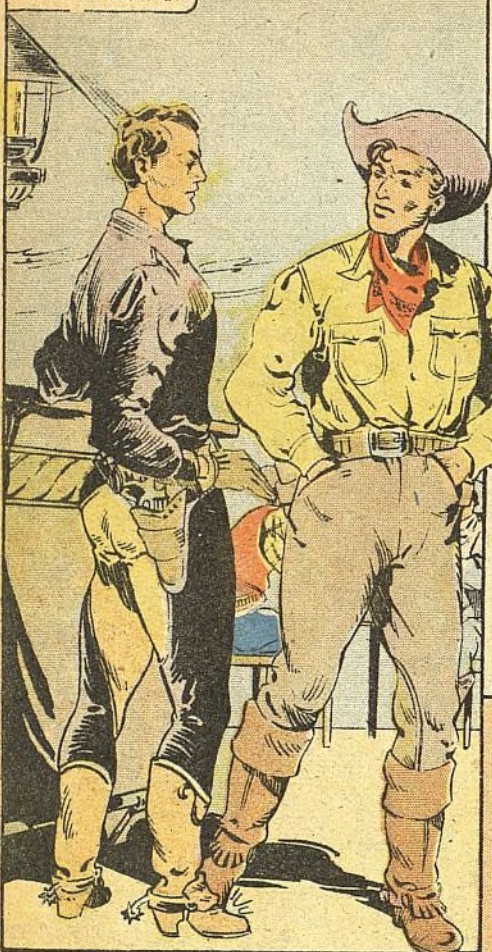
—QUIZÁS SEA USTE EL NUEVO ELEGIDO.

—NO... NO BROMEE.



F. Ojeda

— CUIDADO AMIGO!... PERDOME PERO ACABA DE PISARME



— ¿OIS, AMIGOS? — GRUÑO CON VOZ AGUARDIENTOSA — MIRAD A ESTA DAMISELA LASTIMADA AULLAR COMO UN COYTE TEMEROSO



Jack habíase vuelto rápido al recibir un pisotón, llevado de su impulsiva fiera, pero recordando el consejo de Serman, trocó en cortés la frase que pugnaba por salir furiosa y amenazadora.

Ante él se hallaba, mirándole burlón, el mismo cow-boy que momentos antes charlaba con el «sheriff». Los dos mozos de Serman iniciaron un movimiento hacia el joven, pero dos hombres les interceptaron el paso. Había arrastrado significativamente la penúltima palabra, y sus manos

descansaban muy cerca de sus costados.

Serman había observado la escena y, aún sintiéndolo mucho, comprendió que sería tan difícil evitar la tormenta como salvar al forastero. Sus manos hábiles hicieron desaparecer, precavido, los grandes espejos que adornaban la estantería.

Jack se conluyó a duras penas. Había observado también disimuladamente lo su-



cedido a los dos mozos y reconocido a los que les cerraban el paso como los dos que conversaran con el «sheriff» tras el joven que tenía delante y que seguía hablando provocador.

— ¡Cuidado, amigo! — gruñó remediando la voz de Jack ante la hilaridad general. ¡La culpa ha



nadie se ha burlado de mí, ¿entiende? — Golpeó el mostrador con el puño al continuar, ¡y quien ose hacerlo habrá de medirse conmigo! — Lo siento, amigo, pero no acostumbro a caer en una provocación adrede — replicó Jack sintiendo que toda su sangre se sublevaba, y buscando en vano, con una atenuante sospecha, al «sheriff» entre el hostil grupo que se agolpaba junto a ellos, animando a su compañero y lanzando improperios sobre el joven, intentó al mismo tiempo golpear a su enemigo creyéndole desprevenido. Jack le esquivó fácilmente, y le envió un derechazo a la mandíbula que dio con su enorme corpachón en el suelo, entre los aullidos del auditorio.

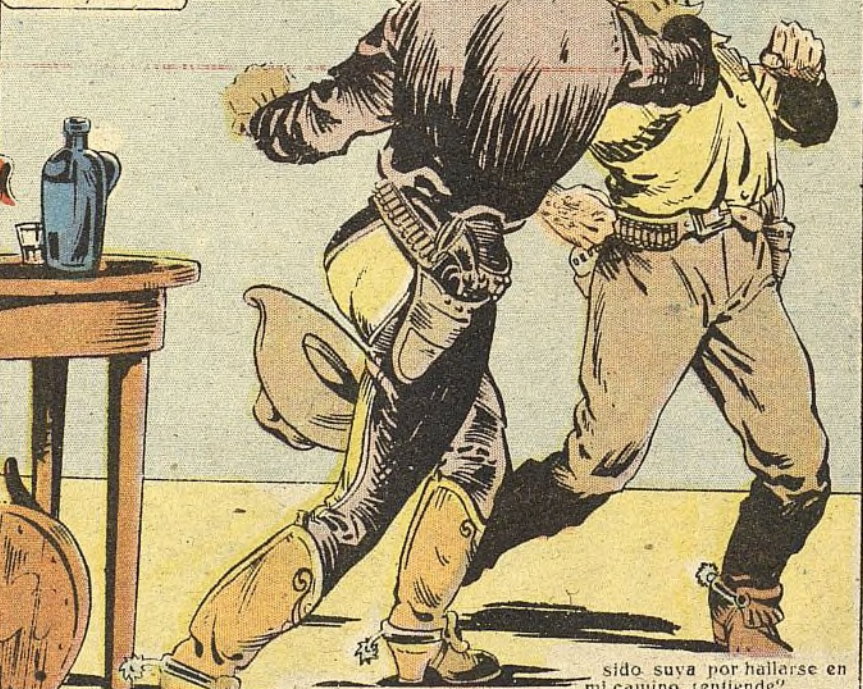
— ¡QUIETOS VOSOTROS! ESA CUESTIÓN HAN DE DIRIMIRLA ELLOS DOS EXCLUSIVAMENTE, ¿COMPRENDEIS?



— NO LE GUSTE CAER EN PROVOCACIONES... — ES UN COBARDE! — ESCUPIÓ EL BORRACHO.

— ¡CUIDADO CAMARADA! ESTA TEMPLANDO DEMASIADO MI PACIENCIA, Y ESTA NO ES PRECISAMENTE MI VIRTUD. NADIE ME LLAMO ANTES COBARDE EN PERFECTO USO DE RAZÓN SIN ARREPENTIRSE LUEGO. Y NO CONSENTI TAMPOCO NUNCA QUE UN BORRACHO COMO TÚ LO HICIERA DOS VECES.

— ¡AH, NO? ¿OIS, MUCHACHOS? NADIE LE LLAMO COBARDE. BRIAN TURNER SERÁ EL PRIMER... COBARDE, ¿VOTE!



— sido suya por hallarse en mi camino, ¿entiende?

— Querrá decir en sus curvas — corrigió Dennison, calmadamente.

— ¿Cómo? ¡Ah! Es un guasón, ¿eh? Pues sepa que hasta aquí nadie se ha burlado de mí, ¿entiende? — Golpeó el mostrador con el puño al continuar, ¡y quien ose hacerlo habrá de medirse conmigo! — Lo siento, amigo, pero no acostumbro a caer en una provocación adrede — replicó Jack sintiendo que toda su sangre se sublevaba, y buscando en vano, con una atenuante sospecha, al «sheriff» entre el hostil grupo que se agolpaba junto a ellos, animando a su compañero y lanzando improperios sobre el joven, intentó al mismo tiempo golpear a su enemigo creyéndole desprevenido. Jack le esquivó fácilmente, y le envió un derechazo a la mandíbula que dio con su enorme corpachón en el suelo, entre los aullidos del auditorio.

Levantóse no obstante en seguida el caído, y a Jack parecióle que había desaparecido su aparente borrachera, cuando avanzó hecho una furia sobre él.

Esquivó un puñetazo, pero otro le alcanzó en el pecho, haciéndole retroceder tambaleante, atacado por su provocador que le acosaba brutalmente, tratando de golpearle el rostro. Jack se limitaba a pararle los golpes, pero cuando un puñetazo de su enemigo alcanzó en una ceja, se hirió de él, y desviándole el brazo le propinó dos iz-



quierdazos simultáneos a la barbilla y al estómago, que le enviaron al país de los sueños.

En aquel momento el «sheriff» llamado por alguien, al parecer, se abrió paso, y se encará con el joven tras lanzar un vistazo a la escena.

—¿Qué ha sucedido aquí?—inquirió agresivo.

—Golpeó a un borracho!—chilló una voz oculta coreada por otras.

—Me provocó insultándome, e intentó golpear-me luego. Me limité a defenderme—explicó Jack.

—Ah, sí? Pues siento decirle, jovencito, que me parece el prototipo del vagabundo camorrista y pendeñero, y que esos tipos sobran en Yeiskier-Riger.

—Pues yo no siento tanto el decirle que a mí me parece usted el prototipo de los «sheriffs» idiotas, que solo sirven en una ciu-



dad llena de crímenes, para insultar a forasteros decentes.

—¡Cállate! Pensaba sólo hacerte cambiar de aires, pero antes reflexionarás un poco en una habitación que yo tengo reservada... Dos días allí te harán pensar mejor otra vez antes de decidirte a insultar a la autoridad.

—¡Ah! ¿Pero es usted la autoridad aquí?

—Basta de guasa. Regístradle, vosotros.

Jack levantó los brazos y se dejó registrar concienzudamente por los hombres del «sheriff». Comprendió que habían conseguido su propósito de encerrarle y aunque le parecía absurdo tenía la convicción de que el «sheriff» tenía la culpa, y que lo hacía quizá por congraciarse de su ineptitud



ante los ciudadanos. Observó intrigado que disimulaba mal aguardar algo.

Sus hombres le despojaron de su revólver y de algunos utensilios personales que dejaron sobre el mostrador, y que Jack se guardó sin pedir permiso una vez hubieron terminado, excepto desde luego el arma que Merton guardóse.

Jack se dejó llevar como un proscrito. Tratar de huir, rebelarse, dejarse llevar de su impulso agravaría las cosas en aquel ambiente, que seguía siendo amenazador.

Había decidido desde luego dos



cosas. No marchar sin aclarar aquello, y no estar en la prisión el tiempo fijado por el «sheriff».



LLEVAOSLO. YO HE DE HACER ALGO AHORA AQUÍ. LLEVAOS TAMBIÉN AL BORRACHO!



Jack-Dennison no había nacido para estar encerrado contra su voluntad. Dominado por el sólo pensamiento de evadirse, había examinado la pequeña celda a la luz del macilento farol, dando vueltas en su imaginación a las escasas probabilidades de evasión que ideaba.

El carcelero, un hombre obeso armado hasta los dientes y que lo mismo antes de entrar que ya en la celda le vigilaba constantemente, le había llevado una cena no muy mala que Jack devoró en su presencia, siendo retirados después los cachivaches que podían ser usados de un modo u otro por el preso para evadirse.



Únicamente un jergón y una silla desvencijada ocupaban la inmunda celda, cuyas vigas carcomidas aparecían algunas separadas en parte del techo. Una pequeña ventana enrejada, permitía el paso a una escasa ventilación procedente de una obscura calleja.

Tendido en el sucio suelo, cara a las carcomidas vigas, Jack quedóse dormido.

¡Antes de hacerlo había forjado ya su plan de evasión!

Desde hora temprana del amanecer Jack empezó a obrar. No le costó mucho trabajo trenzar una cuerda bastante resistente de los jirones de la única sábana que cubría el lecho.

Una vez hecho esto, pasó uno de sus extremos por una



de las vigas y dejó colgando ambas puntas al mismo nivel, haciendo en una de ellas un nudo fijo de modo que quedase una abertura circular algo mayor que su cabeza.

Colocó debajo la silla, y ya no hizo otra cosa que aguardar pe-

gado a la reja que guarecía la puerta de la celda, tarareando una cancioncilla.

Cerca de las nueve los pasos del orondo carcelero hacían entrar en acción al joven. Subido en la silla colocóse el nudo en el cuello. Sus manos se aferraron al nudo y a la otra punta, respectivamente, de espaldas a la puerta.

Aguardó unos segundos y apenas oyó al carcelero detenerse ante la puerta propinó un puntapie a la silla, y quedó balanceándose en el vacío.

El guardián lanzó un grito de



sorpresa al descubrir por la reja la «trágica» escena. Se apresuró cómicamente a penetrar en la celda y corrió junto al «ahorcado» recibiendo dos cosas: la mayor sorpresa al verle dejarse caer tan vivo como él y un upper-cout maestro, que le dejó sin sentido.

Le ató y amordazó en un santiamén y le condujo a su lecho. Luego dejó en la celda su desayuno que halló fuera y cerrando la puerta por el exterior arrojó las llaves por la enrejada ventana.

Tuvo suerte al no toparse con nadie, llegando a la calle sin tropiezo. Probablemente los hombres del «sheriff» que allí se hallasen, además del carcelero, dormían aún u ocupaban



bitación que ocupaba en el hotel, ni tampoco tarea muy ardua escalar la pared de la callejuela adonde daba aquella, auxiliado por un tubo de desagüe.

Su mano se aferró pronto al alféizar, e izándose a pulso asomó pronto su rostro por los cristales de la cerrada ventana. En su intención disfrazarse de modo que nadie pudiese reconocerle, y obrar así, camuflado. Algo que vio, sin embargo, le hizo cambiar momentáneamente de idea. Un hombre de movimientos furtivos ocupaba su cuarto, cuya puerta aparecía entreabierta. Tenía en aquel momento un «derringer» en la mano, que ocultó bajo el colchón del lecho, iniciando luego la retirada.

Un estrépito de cristales rotos le hizo volverse alarmado. Luego corrió hacia la puerta, desoyendo las órdenes de Jack que, rápido como el rayo y no viendo otra solución, había roto los cristales y abierto la ventana, penetrando en la estancia y lanzándose tras el fugitivo, a quien



alcanzó en el pasillo junto a la escalera que conducía abajo al local.

Le hizo volverse y, tras esquivar un alocado puñetazo, le noqueó con su limpieza habitual. No trató de usar el revólver el bandido, porque el ruido le convenía, al parecer, tan poco como al propio Jack.

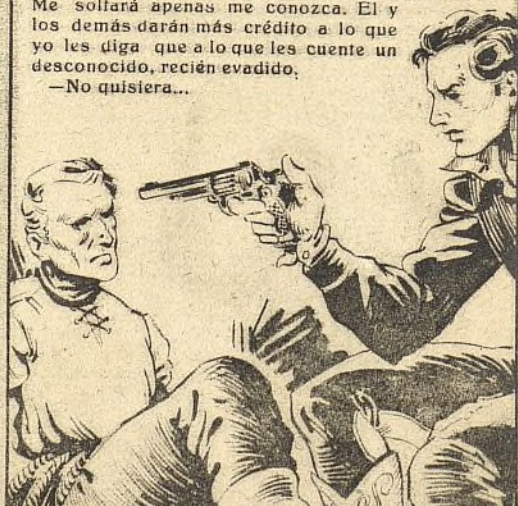
Este condujo a su habitación al inanimado prisionero. Allí le ató a conciencia, reanimándole luego con bruscos movimientos. Sacó el arma oculta y sentóse junto al bandido a quien despojara de sus dos, 45, y que le miraba entre colérico y desafiador.

—¿Quiere decirme quién le ordenó ocultar aquí esto?—inquirió Jack, continuando luego ante el silencio del aludido. Al «sheriff» le interesará su acción. Servirá probablemente para que le cuelguen, si antes no le linchan los demás, cuando yo les cuente lo sucedido.

El intruso le miró completamente tranquilo, respecto a la perspectiva pintada para él por Jack.

—Lléveme al «sheriff», lléveme—apremió, irónico. Me soltará apenas me conozca. El y los demás darán más crédito a lo que yo les diga que a lo que les cuente un desconocido, recién evadido.

—No quisiera...



un estancia interior. Pensó que como su celda era la última servida por el carcelero, tardarían un buen rato en advertir su fuga.

Se había colocado sobre sus ropas los pantalones, blusa del carcelero, prendas que le sobaban por todos lados, ocultando su cuerpo ágil y flexible.

Calóse el sombrero cuanto pudo y se dirigió hacia el hotel comprendiendo que no era prudente penetrar por el vestíbulo, ya que podría ser reconocido.

No era difícil comprender desde el exterior cuál era la ventana de la ha-



Un ruido inconfundible de galopar de corceles y gritos que llegaban de la calle les hizo interrumpirse. Corrió hacia la ventana. El «sheriff» con algunos de sus hombres y un nutrido grupo de ciudadanos estaban desmontando ante el hotel, rodeados por otros que vociferaban algo ininteligible por la confusión reinante.

Jack obró con su rapidez acostumbrada, seguro de que le buscaban, aunque se dijo que no sabía que estaba allí, puesto que nadie quedó fuera vigilando. Amordazó fuertemente al bandido, y luego arrojó el «derringer» al tejado de enfrente.

Cargó con el prisionero y con él pasó a la habitación contigua, que halló vacía. La llave colgaba por dentro, y Jack cerró afisbando luego el pasillo por el agujero de la cerradura. Ruido de pasos que antes oyera le indicó que varias personas subían probablemente a su habitación.



le aclaraba muchas cosas, le empezó a torturar con insistencia creciente.

Sonriendo, oyó cómo el registro se llevaba a cabo inútilmente y cómo Merton daba de mal talante la orden

de marchar, asegurando no obstante que tenía la certeza de no equivocarse. Poco después, calmados los ánimos un tanto por la inutilidad del registro, reinaba de nuevo el silencio afuera.

Jack se volvió a su prisionero.

—Ya sé quién te envió aquí, amiguito —aseguró. Te lo diré pronto, pero antes voy a terminar de cerciorarme.

—Espérame «quietecito», ¿eh?

Salí al desierto pasillo cerrando la puerta tras sí, y bajó al local ocupado por una docena de ciudadanos que trataron de reaccionar apenas le vieron. Les contru-
no obstante la voz firme del forastero.



—REGISTRADLO BIEN TODO MUCHACHOS! DESHACER TAMBIEN EL COLCHÓN! SE DE MUY BUENA TINTA QUE ESE PILLO QUE ENCARRE AYER ES EL CULPABLE DE LO QUE AQUI SUCEDE O UNO DE ELLOS AL MENOS PERO NECESITO PRUEBAS!... ¡PRUEBAS QUE ESTERO ALLAR MUY PRONTO.



de marchar, asegurando no obstante que tenía la certeza de no equivocarse.

Poco después, calmados los ánimos un tanto por la inutilidad del registro, reinaba de nuevo el silencio afuera.

Jack se volvió a su prisionero.

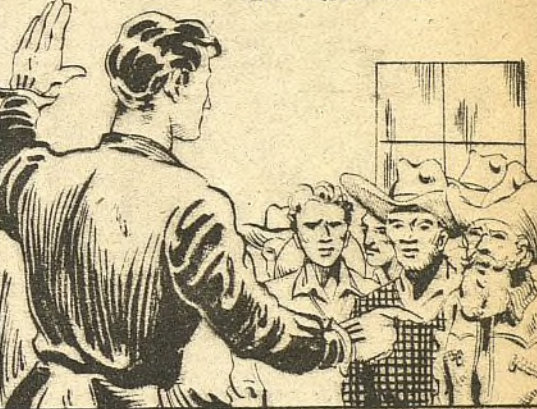
—Ya sé quién te envió aquí, amiguito —aseguró. Te lo diré pronto, pero antes voy a terminar de cerciorarme.

—Espérame «quietecito», ¿eh?

Salí al desierto pasillo cerrando la puerta tras sí, y bajó al local ocupado por una docena de ciudadanos que trataron de reaccionar apenas le vieron. Les contru-
no obstante la voz firme del forastero.



—¡Quietos todos! Sólo os pido, ciudadanos, me escuchéis un momento y accedáis luego a mi ruego. Os anticipo que nada perderéis con ello ganando no obstante mucho. Hay aquí un asesino que vió en mí un enviado providencial para culparle de sus crímenes. Podría comunicaros su nombre pero sonaría a embuste para vuestros oídos por lo inverosímil. Me evadí de la cárcel para hacer justicia. Sólo os pido que ocultos en mi cuarto oigáis unas palabras que de he cruzar con un hombre que hallé en mi habitación, ocultando un «derringer» en el colchón y a quien tengo prisionero en la habitación contigua a la mía. Después de ello, obraréis como mejor decidáis.



—¡Es un farsante! —gritó una voz. ¡Quietos engañarnos para huir!

—Está muy engañado ese coyote que aulla —afirmó Jack. Tomad mis armas y registradme luego. Quedaos algunos; vigilando todos los puntos que puedan servirme para la fuga.

Les arrojó sus revólveres observando satisfecho que en tales condiciones estaba a punto de conseguir su propósito.

—Vigiladme de cerca y comprended que no trato de intentar traicionaros. desarmado y con todas las salidas vigiladas.

No os digo que me acompañéis a la estancia donde tengo al prisionero, porque éste no hablaría. ¡Seguidme!

Subió de nuevo, seguido por un grupo de ciu-



dadanos. Otros se desparramaron vigilantes por el exterior del edificio, y también otros dos quedaron allí abajo, y arriba en el pasillo al final de la escalera.

Jack condujo al resto pasillo adelante con el mayor sigilo, y les indicó su habitación, pidiéndoles pegasen el oído al tabique.

Luego penetró en la estancia inmediata y desamordazó al prisionero.



—¿SIGUE DISPUESTO A CALLAR? —INTERROGO EN VOZ BIEN ALTA. —LE ADVIERTO QUE NADA CONSIGUE CON ESO.

—QUIZÁS, PERO NO ME SACARÁ NADA.

—POR ÚLTIMA VEZ, ¿QUIÉN LE ENVIO A OCULTAR EL «DERRINGER» EN MI CUARTO.

—MI ABUELA.

—MUY BIEN. ¿Y PARA QUE LO HIZO?

—PARA DISTRAERME.

—MAGNÍFICO. NO ADELANTARÁ NADA CON ESO, QUIZÁ PERDERÁ LA GANA DE BROMEAR CUANDO LE DIGA QUE FUE EL «SHERIFF» MERTON QUIEN LE ENVIO.

—¿EH? ¿COMO LO SABE? QUIEN... ¡ES FALSO!



—Ya es tarde, amigo. Se te ha escapado. Mira, va a complicar mucho las cosas para ti el seguir negando. Merton será ahorcado y todos sus cómplices seguirán la misma suerte. Soy un agente del Gobierno, encargado por el gobernador para aclarar este asunto. Sólo persigo a Merton, el verdadero criminal, cuyos momentos de libertad son muy escasos. Ahora bien, como quiera que soy el único que conoce su existencia aquí, y puedo colocarle indirectamente el molesto dogal al cuello, puedo, agradecido por sus informes, ocultarle a los ojos de la Ley y ponerle en libertad cuando Merton y sus secuaces estén a buen recaudo. Piénselo bien.

—Usted no podrá probar que yo oculté el arma en su habitación—murmuró el prisionero, que había perdido por completo su aplomo, agarrándose a la última tabla de salvación.



—Siento decirle que puedo probarlo, y que en todo caso bastará a los jueces mi palabra. Elija.... La horca o la libertad.

El bandido titubeó. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—Hablaré—murmuró por fin. Pero habrá de guardarme de Merton.

—Prometido, pero hable más alto, que no le entiendo bien.

—Usted no conocerá Bells Flowers, sin duda. Es un rancho abandonado. Allí, Merton tiene su cuartel general. Falsifica moneda en gran escala y roba ganado del Norte, cuyas marcas cambia para venderlos. Los desaparecí.



dos son hombres que le hacía falta cada cual en su distinta profesión. Galt Hundson, por ejemplo, raptado ayer tarde, le hacía falta para cambiar marcas, porque era experto en ello. En cuanto a los asesinos, las víctimas se habían negado terminantemente a obedecerle, pese a sus amenazas, o bien no servían para el fin destinado, como ocurrió con el inofensivo Harold Raymond. A nosotros nos pagaba muy bien y el trabajo no era muy expuesto. Pensó luego echar sobre usted la culpa de todo, para rehabilitarse ante el pueblo, y porque además no necesitaba ya raptar más gente. Colgándole a usted, terminarían las desapariciones y nadie sospecharía ni remotamente la verdad.

—Muy astuto.

—Es un hombre sin escrúpulos. Tengan cuidado si van a Bells Flowers. Hay allí pis-



toleros a sueldo de Merton.

—Bien. Es cuanto necesitaba saber.

Levantóse y ante el asombro de su prisionero, fué hacia la pared y golpeó en ella con los nudillos.

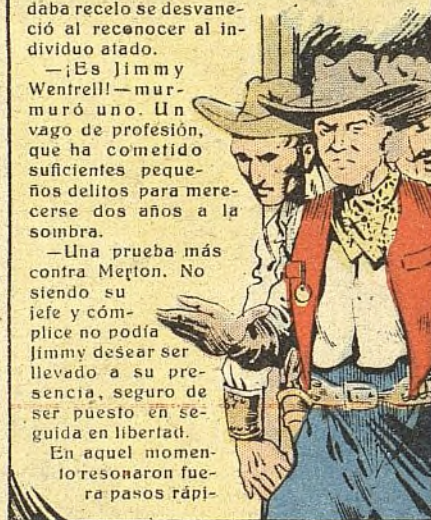


—Pueden pasar, señores—anunció.

Los rostros de los que poco después penetraban en la estancia ganaban en estupor al del bandido, y si en alguno quedaba recelo se desvaneció al reconocer al individuo atado.

—¡Es Jimmy Wendrell!—murmuró uno. Un vago de profesión, que ha cometido suficientes pequeños delitos para merecerse dos años a la sombra.

—Una prueba más contra Merton. No siendo su jefe y cómplice no podía Jimmy desear ser llevado a su presencia, seguro de ser puesto en seguida en libertad. En aquel momento resonaron fuera pasos rápidos.



dos e instantes después la figura de Merton se perfiló en el umbral, respaldado por algunos de sus hombres.

—El prisionero se.... ¡Ah! Está aquí. Por fortuna, le habéis cazado.

—¡Levante las manos, canalla!—atajó un anciano empujando un revólver con gesto fiero. —¡Y vosotros también!... ¡Desarmadles!

—Pero.... —balbuceó Merton, actor magnífico. ¿Qué significa esto?

Sus ojos toparon con el tendido cuerpo de Wendrell. Jack le miraba irónico. Tenía también un revólver prestado en la diestra.

—¡Cuidado! Sonaron simultáneamente dos disparos, fundiéndose en uno solo. Merton que,



cuando se disponían a desarmarle como a sus secuaces, había intentado rápido disparar, soltó el revólver que lograra extraer de la funda y se desplomó con la mano y el rostro ensangrentados.

El revólver de Jack humeaba cuando el asesino rodó por el suelo. Estaba muerto. Al parecer, Jack le había matado en legítima defensa. Las frases de gratitud y elogio hacia el forastero se multiplicaban. Por fin empezaron a marchar, pregonando la noticia y conduciendo a los secuaces del «sheriff» el cadáver de éste y al maniatado Jimmy.

—Soltadle cuando



do el resto de la banda esté a buen recaudo—había dicho Jack. Se lo he prometido. Y tú, ya sabes que has de cambiar de aires, ¿eh, Jimmy?

Agarró luego por el brazo a uno de los que salían. Estuvo a su lado en la habitación.

—No olviden dar una buena batida en Bells Flowers.

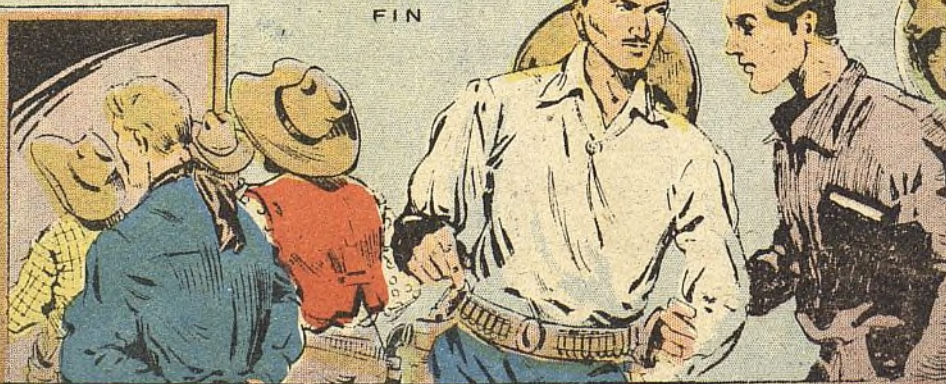
—Descuide, señor agente.

—¿Agente? ¡Bah! Fué un embuste.... Dígame, ¿por qué mató a Merton?

—¿Eh? Lo vió, ¿verdad? Disparamos simultáneamente y pensé que nadie lo había notado. No había nadie tras de mí y oculté en seguida el arma, pero usted es muy listo.... muy listo. Mi hermano se llamaba Harold Raymond.

—Comprendo. Seré una tumba. Vaya tranquilo.

Marchó atribulado el buen Raymond. Jack le vió salir, sonriendo. ¡La paz volvía, al menos temporalmente, a Yeiskier-Riger!



FIN

CUENTOS DE

Mari-Pepa

Un gran actor

—Tengo que daros una noticia muy importante—dijo el pequeño Santi un día a la hora de comer. Mañana por la tarde en el colegio se representa una función de teatro y yo trabajo en ella. Os lo digo por si queréis ir a verla, para pedir hoy las invitaciones que hagan falta....

—Pero cómo—exclamó mamá—¿mañana es la función y hasta hoy no nos has dicho nada? ¿Y cómo es que tú trabajas si durante todas las vacaciones no has tenido ni un ensayo?

—Es que, como ya me sabía muy bien mi papel, me dijeron que no hacía falta que fuese por allí hasta la víspera de la representación, para recoger las entradas.

—¿Qué cosa más extraña!—comentó mamá. ¿Y cómo se llama la obra?

—«La Adoración de los Reyes Magos»—respondió Santi.

—¿Y tú qué papel representas?—interrogó la abuela.

—Yo soy de los de la comitiva—explicó Santi con modestia. Otros chicos mayores, que recitan muy bien, son los que dicen los versos largos.

—Pero bueno ¿y la ropa? ¿Tenemos que hacer algo? ¿Cómo has de ir vestido?—preguntó mamá.

—No, no de eso no tenéis que preocuparos. En el colegio tienen todos los trajes y allí nos daran a cada uno el nuestro. Lo único que necesito saber es cuántos de la familia iréis a ver el espectáculo.

—La abuelita y tía Concha, dos—comenzó a contar mamá. Papa y yo, cuatro. José Antonio y Mari-Pepa, seis.... Rufa y Juana también querrán verte, supongo; así es que son ocho. Luego habrá que contar con las amistades....

Y mamá se dirigió al teléfono. Hizo girar el disco, marcando un número.

—¿Es Lucía? ¡Hola, querida! Me has conocido, ¿verdad? Te llamo para lo siguiente: resulta que mi pequeño, Santiago, trabaja mañana en el colegio. Creo que es una



función preciosa titulada «La Adoración de los Reyes Magos» y él hace de paje o cosa por el estilo. Estará monísimo, con sus bucles dorados ¿no te parece? Y como sé que te gustará verlo, te lo aviso para contar contigo.

—¿Cuántos?—preguntó Santi.
—Sí, sí, ¡claro que puedes traer a tus sobrinos! ¿Cuántos son? ¿Cuatro? Pues nada, mañana te enviaré a casa las invitaciones.

Y otra vez el disco del teléfono dando vueltas: grrr.... grrr.... grrr....

—¿Es casa de los señores de Rodríguez? ¿Está la señora? ¡Ah! ¿Eres tú, Marija? Pues nada de particular, solamente comunicarte que tenemos en casa un gran actorazo.... Sí, el pequeño.... ¡Figúrate que mañana representa una obra en verso! Sabía que te gustaría verlo. Así pues, contamos contigo, ¿verdad? Encantada. Hasta mañana....

Ya iba mamá a efectuar su tercera llamada, cuando se le acercó tímidamente Santi:

—Oye, mamá, no digas de mí todos esos elogios porque yo....

—Anda, anda, tú ve a vestirti para ir al colegio a recoger las invitaciones, mientras yo termino de hablar con mis amigas.

Y cuando mamá terminó de hablar con sus amigas, tía Concha comunicó con las suyas, y la abuelita con otras señoras de su edad, y yo con Piliuca, Mari-Chari y otras niñas del colegio. Al cabo de tantas conferencias, el número de localidades necesarias se elevaba a cuarenta.

—Yo no sé si me querrán dar tantas—protestó Santi—porque aunque el salón

del colegio es grande....

—¡No faltaría más!—se indignó mamá. ¡Para eso trabajas! ¡Si no va a tener derecho tu familia a ir a verte!....

Santi no se arrevió a replicar y se fue al colegio con el encargo de las cuarenta localidades. Tuvo la suerte de volver a casa con ellas, no porque se las dieran, sino porque algunos compañeros que tenían de sobra le cedieron las suyas. Y llegó la tarde del día siguiente y el momento solemne de la función. La sala del colegio estaba atestada de público. Mamá, la abuelita y tía Concha no cesaban de saludar a todas sus amistades, que les daban ya la enhorabuena por anticipado.

—¡Habrá que ver a Santiaguín!—exclamaban las señoras. ¡Estará adorable con sus bucles rubios! ¡Es que es un chiquillo monísimo!

Y mamá, la abuelita y tía Concha se esponjaban de satisfacción en sus butacas. Por fin, se hizo silencio en la sala y se levantó el telón. Una salva de aplausos acogió el cuadro, maravilloosamente presentado: el Portal con San José, la Virgen y el Niño; zagalas y pastores con sus frutos y rebaños, y luego los tres Reyes Magos, con sus pajes y sus camellos. Los Magos avanzaron ante el Portal y, uno tras otro, fueron ofreciendo al Niño, oro, mirra e incienso, todo ello en armoniosos versos que el público escuchaba entusiasmado. Mamá, la abuelita, tía Concha y yo, sin dejar de prestar atención a la escena, buscábamos con interés a Santi entre los personajes de la comitiva real. No tardamos en mirarnos extrañadas. ¿Dónde estaba Santi que no se le veía por ningún lado? Terminó la representación sin que hubiésemos conseguido localizarlo.

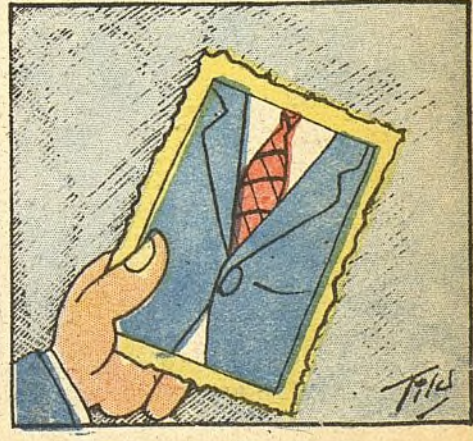
Las señoras amigas vinieron a despedirse de mamá, sin saber qué decir. ¡Mal podían hacer elogios del «actorazo» que ni siquiera había salido a escena! Mamá, por su parte, no sabía qué explicación darles. En esto, se abrió una puertecilla, y aparecieron en tropel todos los representantes de la obra, despojados ya de sus trajes de escena y con ello, mi hermanito, rebosante de satisfacción.

—Pero niño—exclamó mamá muy enfadada—¿por qué nos engañaste diciéndonos que trabajabas en la función?

—¡Pero si he trabajado!—respondió Santi.

—¿Sí? ¿Y de qué?—preguntó mamá.
—No os habéis fijado?—dijo el pequeño. Yo era la segunda joroba del camello blanco.

Mari-Pepa.





Mesa REVUELTA

JUEGO DE PALABRAS

por M. A.

♦ ♦ ♦ ♦ = Da vueltas.

♦ ♦ ♦ = Astro.

EL TODO = Flor.

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

AL CRUCIGRAMA: horizontales: 1. Falsifica. 2. Ad. Am. 3. Te. Trompa. 4. Ir. Al. 5. Ge. Ir. Ra. 6. Azadón. Ar. 7. Da. Ase. Zi. 8. Od. Oc. 9. Sobresano. Verticales: 1. Fatigados. 2. Aderezado. 4. Ida. 5. Ros. 6. Ene. 8. Caparazón. 9. Amalórico.

AL LOGOGRIFO: Filántropo.

A LA TARJETA: Pontevedra.

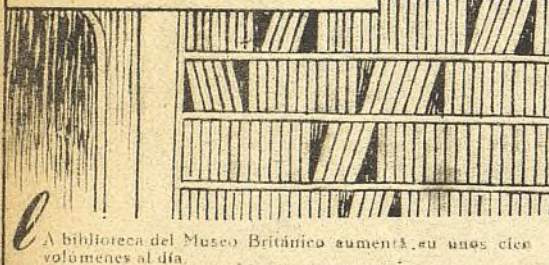
AL JEROGLIFICO: Un tiesto con clavetes.

AL JUEGO DE PALABRAS: Andalucía.

LOGOGRIFO

1234567890 Los que graban.
091567890 Cortadores de la mies.
42809870 Vasijas de metal para poner lumbre
4584325 Nombre de mujer.
034567 Día de la semana.
12305 Toeino.
6513 Especie de espada corta.
130 Clase de alumbre.
89 Nota musical.
6 Cifra romana.

A.



A biblioteca del Museo Británico aumentó su auge diez volúmenes al día.



HACE algunos años, a los soleados italianos se les daba todos los días cigarros como una parte del rancho.

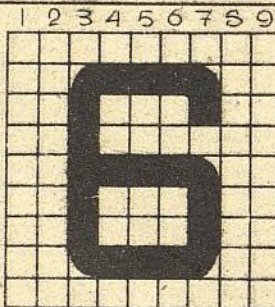
JEROGLIFICO

S-e Nota 100 I 50 D A P

Nota N 500 Aton

C OPIAD este dibujo de un solo trazo y sin levantar el lápiz del papel.

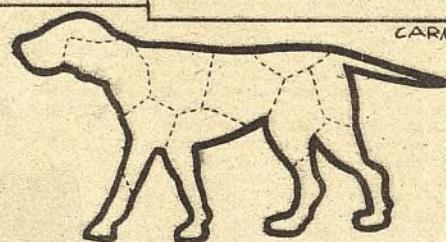
A.



CRUCIGRAMA por M. A.

HORIZONTALES: 1. Ciudad de Cataluña. 2. Al revés, intersección de extraneza. Al revés, letra. 3. Repetido. 4. Pronombre de primera persona. 5. Letra de ama. Documento personal. 6. Letra. Letras de río. 7. Al revés, pronombre personal. Diez centenas. Contracción de preposición y artículo. 8. Voz que expresa una clase de risa. Pecado capital. Letra. 9. Al revés, en trega. Al revés, niega. 10. El que fabrica sartenes.

VERTICALES: 1. Cosas menudas de poco valor. 2. Acometimiento. 3. Al revés, letra. Nota musical. 4. Al revés, en la baraja. Marchar a un lugar. 5. Terminación verbal. Femenino. 6. Término del número quebrado. 7. Hidrocarburo para el alumbrado.



CARMELO

Solución a la silueta del número anterior.



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que os resulte el nombre de un ave.



El tomate fué traído a Europa por los españoles en el año 1583.

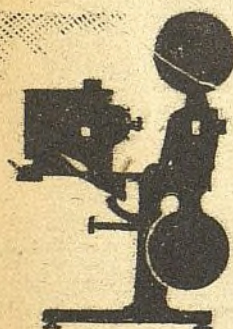
TARJETA

Ana Cabills

Pueblo de Navarra.

A.

DESDE NUESTRA CABINA



«Una chica afortunada» es el título de la película distribuida por «Cifesa», y aún sin estrenar, e interpretada por Jean Arthur y Ray Milland, bajo el siguiente

ARGUMENTO

Mister J. B. Ball, célebre banquero americano, se levantó con gana de pelea y... la tuvo. Alguna vez había de poner coto al despilfarro en gastos y eligió aquel mismo día, consiguiendo caerse por la escalera; que su hijo John se marchara ofendido de casa; y, por último, organizar una carrera persiguiendo a su mujer, que huía para guardar cierto abrigo de pieles de las iras de su marido.

Mientras esto ocurría, Mary Smith viajaba tranquilamente en la imperial de un autobús cuando



Una escena de «Una chica afortunada».

de pronto cayó sobre su cabeza el abrigo de la señora Ball. Mary, que no sabía a qué achacar aquello, bajó a buscar al dueño y cuando se encontró con el señor Ball, éste le regaló el abrigo y además se la llevó a comprarle un sombrero, ya que el que llevaba, a consecuencia de la «lluvia de piel», se le había quedado mustio.

Mary salió de la tienda muy satisfecha. Y momentos después, Mary era despedida al no satisfacer las preguntas de su jefe de oficina sobre la procedencia de aquellos lujos que llevaba.

La que por un momento creyó que la suerte le sonreía, empezó a desinflarse para volver en seguida a sonreír. Mr. Louis, dueño de un hotel, se enteró por su vecino Van Buren del regalo del banquero, y como Louis le debe una fuerte cifra, pretende utilizar los servicios de Mary Smith y de este modo atraer clientes al hotel para hacer dinero y pagar su deuda a Ball.

Mary sin saber nada, va a comer a un restaurante automático y allí conoce a John Ball, que trabaja de camarero desde que se disgustó con

su padre. Y compadecido John del hambre de Mary, le abre las casillas para que coma gratis el menú que desea, originando al ser descubierto el más trepidante y divertido lío que acaba en una cómica batalla.

Poco después Mary se encuentra instalada en las mejores habitaciones del hotel de Louis, quien mueve hábilmente sus resortes, para llenar el establecimiento de huéspedes y de reporteros, que intentan acercarse al banquero para saber sus opiniones sobre la bolsa. El señor Ball tiene la mala ocurrencia de ir a dormir aquella noche al hotel, y esto da lugar a un equívoco entre Ball, su hijo John y Mary, además de que unas caprichosas declaraciones de John ponen a su padre al borde de la ruina.

Y nuevamente surge Mary, que, cuando todo parece perdido, arregla de otro caprichoso modo el «crac» financiero de Ball, con la consiguiente alegría de John, que de este modo puede conseguir casarse con Mary.

El operador.



Lío de teléfonos en esta película.



Jean Arthur y Ray Milland en «Una chica afortunada», película de «Cifesa».

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES



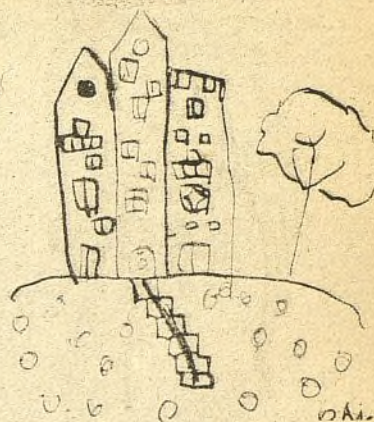
Tomás Mateo
11 años.-Barcelona



Atanasio García
Urda (Toledo).



José M. González
12 años.



Milagros Moro
10 años.



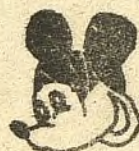
Jesús Pino
10 años.-Oropesa.



Liberto Amurio
10 años.-Labastida.



Tomás Mateo
12 años.



Manuel L. Cuesta
11 años.-Jaén.



Carmelo Chozas
11 años.-Huescas.



Julián Tapiador
Malagón (C. Real).



Eusebio Arroyo
Malagón.



Juan Tomé
10 años.-Zaragoza



María Torné
13 años.-Irragón.



Ángel Sánchez
Añover de Tajo.



SOLICITAN CORRESPONDENCIA

Plácido Tinejero, Luis Daoiz y Manolo González, de Morón de la Frontera (Sevilla), Cala, 21, desean cambiar programas de cine con chicos y chicas de diez a dieciséis años.

Mari-Nieves Ouello Suárez, de Motril (Granada), Cuevas, 1, con chicos y chicas de diez a dieciséis años, para canje de programas.

Ana María González, de Soto del Barco Ranón (Asturias), con chicos y chicas de catorce a diecisiete años, para canje de programas de cine.

Quinto de Nova, de Infantes (Ciudad-Real), Cervantes, 18, con chicos y chicas de once a quince años, para canje de programas y sellos.

Manuel Rodríguez, de Alhama (Almería), Perchel, 12, con chicos y chicas de trece a diecisiete años, aficionados al cine y el deporte.

Juan Manuel Burgos y Pedro del Águila, de Benamaurel (Granada), Pinar, 10, 2.º y Mento, 7, 3.º, izquierda, con chicos y chicas hasta diecisiete años, de toda España.

Lolita Morales, de San Fernando (Cádiz), José Antonio Primo de Rivera, 35, con chicos y chicas hasta catorce años.

Ricardo García, de Barcelona, Consejo del Ciento, 223, 1.º, 1.ª, con chicos y chicas hasta diecisiete años, aficionados a la aviación y el estudio.

Pilar Palacios, de Posadas (Córdoba), Calvo Sotelo, 15, con niños y niñas de doce a diecisiete años, para canje de programas de cine.



Encarnita Beox
9 años.-Madrid.



David Sánchez
13 años.-Béjar.



Carlos García



Blas Hernández
12 años.-Bailén.



Tomás Mateo
12 años.-Barcelona.



Manuel Álvarez
9 años.-Gijón.



Satur Comendador
12 años.-Béjar.

¡Vuestro regalo anual!

El mundo de la fantasía: Historietas. Aventuras. Cuentos. Pasatiempos. Deportes. Chistes. Cine... Formidables dibujos de los mejores dibujantes y graciosísimas páginas de los más destacados humoristas. Todo esto lo hallaréis en los estupendos

Almanaques de "Flechas y Pelayos" y "Maravillas" 1946

¡Adquiridlos y os maravillarán!

En nuestro próximo número
LA VIDA HEROICA

de uno de los niños más
prodigiosos de que nos
habla la historia
por Benito Tapia.

A los Reyes Magos



Reyes que venís por ellas,
no busquéis estrellas ya:
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

Reyes que venís de Oriente
al oriente del sol solo,
que más hermoso que Apolo
sale del alba excelente:
mirando sus luces bellas,
no sigáis la vuestra ya:
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

No busquéis la estrella agora,
que su luz ha oscurecido
este sol recién nacido
en esta virgen aurora.
Ya no hallaréis luz en ellas,
el Niño os alumbra ya:
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

Aunque eclipsarse pretende,
no reparéis en su llanto,
porque nunca llueve tanto
como cuando el sol se enciende.
Aquellas lágrimas bellas
la estrella oscurecen ya:
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

Lópe de Vega.